

L'EDUCAZIONE DEGLI ITALIANI. LAICITÀ, PROGRESSO E NAZIONE NEL PRIMO NOVECENTO

Por **GIORGIO CHIOSSO**. Bologna: Il Mulino, 2019, 302 páginas. ISBN: 978-88-1528-017-6

El trabajo de Giorgio Chiosso nos ofrece un amplio y detallado cuadro de un período de la historia de la educación italiana –aquel comprendido entre finales del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX– de indudable vivacidad. Se trata este de un período ya estudiado por los expertos en la materia, pero lo que hace que este libro sea peculiar es, entre otras cosas, el esfuerzo por entrelazar diversos niveles interpretativos, es decir, por tener presentes los logros de la historiografía educativa –incluso de la más reciente– en diversos campos de investigación. La historia del pensamiento pedagógico –o quizá sería mejor decir de la cultura educativa de la época– abordada en los diferentes capítulos de los que se compone el ensayo, se reconstruye a partir no solo del análisis más tradicional de las obras de los autores que participaron en el debate de aquel período, sino también valorizando los análisis más recientes relativos a las revistas didácticas, a la industria editorial escolar, al profesorado y a la cultura material de la escuela.

El análisis se fundamenta en el reconocimiento de la recurrencia –en las publicaciones de principios del siglo XX– de la denuncia de la existencia de dos Italias (septentrional/meridional; rural/en vías de desarrollo industrial; movida por sentimientos religiosos/laica; civilizada/marcada aún por enfermedades endémicas, por condiciones de vida precarias; fuertemente regida por los principios del positivismo/ferozmente antipositivista) a las que correspondían, en el ámbito del acceso a la formación, dos Italias en términos de educación escolar: una caracterizada por una asistencia más regular a las aulas, y otra aún excluida de

los lugares del conocimiento y que a duras penas cumplía con la ley de educación obligatoria. No se trataba, explica el autor, de una imagen que se limitaba a reflejar el estado de las cosas, sino que representaba «también un proyecto diferente para dar vida a esa Italia «unitaria» que, si bien con diferentes intenciones», era perseguida por varios intelectuales y políticos de la época (p. 10).

En concreto son dos los protagonistas, a saber, Luigi Credaro y Giovanni Gentile –destinados a convertirse en los máximos responsables del Ministerio de Instrucción Pública de Italia y a marcar la historia de la escuela italiana–, quienes se enfrentaron, con sus grupos, sus editoriales, sus publicaciones, sus revistas y sus manuales para docentes, desarrollando dos diseños diferentes de educación nacional y de desarrollo del país.

Muchos son los temas de reflexión que el libro ofrece, y aquí me limitaré a destacar algunos de ellos a partir de una constatación que Chiosso presenta al lector en las primeras páginas. A principios del siglo XX se estaba experimentando un cambio significativo en la prensa pedagógica periódica en Italia. En 1908 dejaba de publicarse la *Rivista di Filosofia e Scienze Affini*, nacida en 1899 y dirigida, en sus últimos años, por Giovanni Marchesini, quien había perseguido durante toda su vida un proyecto de revisión, desde dentro, del positivismo. Al unirse a la *Rivista Filosofica* –expresión de los intelectuales neokantianos vinculados a Carlo Cantoni, quien, además, era su director–, daba origen a la *Rivista di Filosofia* –órgano de la *Società Filosofica Italiana*–, si bien menos atenta a temas educativos que las dos publicaciones anteriores. En ese mismo año, es decir, en 1908, nacía la *Rivista Pedagogica* –dirigida por Credaro–, voz de los círculos pedagógicos neokantianos y herbartianos activos en bastantes universidades italianas. Por otra parte, un año antes (1907) había lanzado sus primeras publicaciones otra revista destinada a crear revuelo en la cultura educativa nacional, a saber, la revista *Nuovi Doveri* de Giuseppe Lombardo Radice. En resumen, veían la luz, en cuestión de pocos meses, los «primeros intentos orgánicos de crear una prensa pedagógica y escolar especializada distinta tanto de las publicaciones filosóficas periódicas como de la prensa del profesorado dirigida al mundo profesional de los docentes» (p. 48). Dichos intentos eran signo de los márgenes de autonomía y madurez en la investigación que la pedagogía estaba conquistando en ese período de tiempo.

El análisis de las contribuciones de estas revistas realizado por el autor apoyándose en los artículos publicados, en la correspondencia entre los académicos examinados, en sus trabajos y sobre la base de la literatura de referencia, pone de manifiesto la riqueza y la profundidad del debate de la época centrado sobre el modelo de país que se quería construir, sobre el tipo de escuela que se quería crear y sobre las reformas que esta última necesitaba en los albores del siglo XX, momento en el que Italia todavía contaba con casi un 50% de analfabetos.

En este sentido, merece una mención especial el tercer capítulo que tiene un título significativo: «¿Qué (tipo de) maestro para qué (tipo de) nación?». La pregunta, por un lado, surge de la constatación de que al igual existía más de una Italia en términos de educación escolar, de la misma forma existía más de una Italia en términos de profesorado (rural/urbana; masculina/femenina; meridional/septentrional). Por otro lado, remite a una cuestión más general. De hecho, Chiosso se pregunta: «¿Bajo qué condiciones el aumento de la educación podía realmente sentar las bases de una mayor democracia? ¿Cuál era el sentido que debía atribuirse a la lucha contra la ignorancia: crear ciudadanos más virtuosos o garantizar una mano de obra más preparada? ¿Era suficiente la liberación de la mente y de la conciencia para conseguir la liberación social y política o había que acompañar pacientemente a las clases populares hacia su madurez permaneciendo estas, no obstante, sustancialmente limitadas a una condición subordinada?» (p. 92). Está claro que la consecución de estos objetivos tan diferentes dependía en gran medida de la preparación de los maestros de primaria y del tipo de formación que se les transmitía, así como del papel que se les confiaba. Sobre los temas aquí mencionados se desarrolló un amplio debate en *Rivista Pedagogica* y en *Nuovi Doveri*, estos últimos respaldados por el grupo de intelectuales contrarios a la política de Giovanni Giolitti, reunidos en torno a *La Voce* de Giuseppe Prezzolini.

En síntesis, a principios de aquel siglo, se enfrentaban dos formas diferentes de entender la función de la escuela primaria y de los maestros: la neokantiana-herbertiana de Credaro y la neoidealista de Gentile, Lombardo Radice y Ernesto Codignola. Para Credaro, solo a través de la escuela –especialmente la escuela primaria– y de la lucha contra el analfabetismo podían llevarse a cabo la transición de la Italia rural a la industrial, el acercamiento del pueblo a los valores democráticos y el

fortalecimiento de la educación moral encaminada a la formación de ciudadanos respetuosos con los deberes. La tarea del maestro era contribuir a la consecución de estos objetivos aplicando «una enseñanza metódica, rigurosa y eficaz, sin adornos y, también –observa Chiosso–, [...] sin imaginación» (p. 94). De ahí la atención de Credaro a los maestros, a su preparación, a la reforma de la escuela normal –de la cual fue uno de los promotores más activos también como ministro de Instrucción Pública entre 1910 y 1914–, así como a la tutela de su profesión en el plano legal y económico, como demuestra su implicación en primera persona en la fundación y en la promoción de las luchas de la *Unione magistrale nazionale* a principios del siglo XX.

El enfoque de la figura del maestro de primaria y de su preparación, tal y como era preconizada por el grupo de académicos del círculo de Credaro, no prestaba la debida atención a las primeras expresiones italianas de una pedagogía respetuosa con la espontaneidad infantil. Podemos entender, entonces, la mala prensa –mencionada en estas páginas– de Maria Montessori y de las Casas de los niños (Case dei bambini) por parte de la *Rivista Pedagogica*, que se ocupaba e informaba a los lectores de las iniciativas promovidas por la «escuela nueva» (o «educación progresista») también en el extranjero, sin compartir, no obstante, sus principios. La atención prevalente al método, típica del enfoque neokantiano, derivó en la concepción de la pedagogía «como técnica de enseñanza», en línea con el positivismo. «Era inevitable –como señala con acierto el autor– que surgieran distancias difíciles de salvar con respecto a las experiencias de vanguardia de principios de siglo» en el ámbito educativo (p. 98).

El proyecto político y educativo neoidealista seguía, sin embargo, una línea diferente: compartía el objetivo perseguido de consolidar la cohesión social, pero los valores de referencia y los métodos establecidos para lograrlo eran diferentes. Dicho proyecto no se basaba en el principio de la democracia, sino «en la autoridad de la tradición materializada en la nación» de Gioberti y Mazzini (p. 116). Partiendo de la convicción de que la cultura debía entenderse como una experiencia espiritual «unificadora aun cuando vivida de diferentes maneras» (p. 117), según la concepción neoidealista, el maestro estaba llamado a descubrir y valorizar, también a nivel didáctico, la tradición popular local para conseguir que los alumnos y, en términos generales, sus familias, se

sintieran parte de la misma identidad nacional, superior a cualquier particularismo regional. La imagen simbólica de esta unidad, muy recurrente en las páginas de los libros de la escuela primaria, era la de Italia como una madre acogedora, imagen sobre la cual también llaman la atención los historiadores interesados en el estudio de la religión de la patria (véase, entre otros, Banti, A. M., *Sublime madre nostra. La nazione italiana dal Risorgimento al fascismo*, Roma-Bari: Laterza, 2011).

El pueblo era visto como un niño, porque, como este último, actuaba movido por los sentimientos y la espontaneidad. Por supuesto, había que «pulir» al pueblo para que pudiera identificarse con la conciencia nacional y con un destino común. Sin embargo, el proyecto de los neoidealistas era diferente al de Credaro: este creía en la progresiva «emancipación» de las clases populares, mientras que los primeros se adherían a la idea de la existencia de dos pueblos, de los que ya se ha hablado en líneas anteriores y, en su opinión, le correspondía a la escuela primaria y, por ende, al maestro la tarea de fusionar lo local/nacional, la identidad regional/identidad nacional, y la cultura de las élites/cultura popular. Por este motivo, el maestro de primaria no tenía que ser un experto docente, sino un intelectual. Y lo era si cultivaba su propia humanidad. La enseñanza era la consecuencia no de la aplicación de reglas fijas predefinidas, sino de una cultura en continua renovación. Es mérito de Giuseppe Lombardo Radice la transición de la escuela primaria italiana desde un enfoque del siglo XIX –centrado por completo en el método– a otro más atento a la centralidad de la infancia, destinado a abrirse camino con mayor decisión en Italia tras la Segunda Guerra Mundial, una vez superado el totalitarismo fascista.

La perspectiva neoidealista y su ideal de reforma de la escuela (que, desde los años de la guerra, Gentile, sobre todo, iba concretando y dando a conocer –incluso fuera del círculo restringido de los especialistas– a través de artículos publicados en la prensa periódica nacional) estaban destinados a ser compartidos inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, ya que existía la idea generalizada –si bien defendida desde diferentes posiciones– de que la nación debía ser refundada y de que el Estado desempeñaba un papel importante en este sentido. El libro arroja luz, de forma adecuada, sobre las convergencias y divergencias entre, por un lado, la idea de «educación nacional», que se convirtió –en los años trágicos de la guerra– en una idea central entre los

seguidores de Gentile, y, por otro, aquella que afirmaban otros intelectuales de la época ajenos a este enfoque, como los «osados» (los «arditi»), los futuristas o los nacionalistas. Es sabido, además, que algunos aspectos de la hipótesis de revisión educativa presentada por el grupo afín a Gentile tenían el consenso también de amplios sectores del mundo católico que, en los primeros veinte años del siglo XX, habían revisado ciertas rigideces –expresión del «intransigentismo» del siglo XIX– con respecto a las relaciones entre la Iglesia, la familia y el Estado acerca de la educación de las jóvenes generaciones, adoptando posturas marcadas por un mayor pragmatismo, como bien documenta el autor.

Al análisis de la reforma educativa de Gentile de 1923, de sus principios fundamentales, de sus fines y de sus relaciones con el fascismo está reservado el penúltimo capítulo del libro que, al abordar este complejo tema, presta especial atención a ilustrar las estrategias editoriales llevadas a cabo por el cenáculo de Gentile con la convicción de que «la batalla de las ideas pasaba por los libros y las revistas y que, por lo tanto, la penetración en las redacciones constituía un ramal estratégico» para convencer a los docentes, vencer las resistencias del mundo de la escuela y aunar a los jóvenes insatisfechos con las políticas de reforma de principios del siglo XX (p. 224). En esta tarea sobresalieron, sobre todo, Codignola y Lombardo Radice; es decir, dos figuras centrales para el éxito de la acción de renovación neoidealista de la escuela y, en términos más generales, de la pedagogía italiana, a los que Chiosso dedica hermosas páginas que arrojan luz sobre las batallas libradas en común, sobre las peculiaridades de sus intereses educativos, así como sobre la diferente actitud por ellos adoptada en ámbito político acerca de su relación con el fascismo.

Poco incisivas fueron, en aquel contexto de afirmación de la dictadura en Italia, las críticas formuladas por la cultura pedagógica laica de inspiración democrática, que tuvieron cabida y visibilidad en la ya mencionada *Rivista Pedagogica* activa hasta 1939 –si bien con muchas dificultades–, porque Credaro consideraba que era su deber desde el punto de vista ético dar voz al disenso. Sin embargo, el autor destaca como, frente a tal determinación y al convencimiento –presente en algunas aportaciones de Francesco De Sarlo y Vincenzo Cento– del peligro de la hegemonía neoidealista sobre la escuela y de la identificación de esa filosofía con una parte política –concretamente el fascismo– con

importantes repercusiones en la negación de la libertad, el prestigioso periódico mostraba un enfoque débil en las críticas a la reforma de Gentile, ya que fue incapaz de expresar alternativas válidas.

El sistema educativo escolar perfilado en esas décadas estaría destinado a marcar durante algunas décadas más, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la formación de los italianos. A Giorgio Chiosso hay que reconocerle el mérito de haber reconstruido con maestría la progresiva estructuración de dicho sistema y el animado debate en el que este fue tomando forma, dando voz a intelectuales, políticos y gente del mundo de la escuela, quienes con pasión y perseverancia convirtieron la cuestión escolar en un tema central de su trabajo, con la convicción de que la formación de los italianos y, por lo tanto, la construcción de un país cohesionado, era un problema de interés nacional ineludible.

Carla Ghizzoni
Departamento de Pedagogía
Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán (Italia)
carla.ghizzoni@unicatt.it